

Ross Raisin

Un talento natural





Seix Barral Biblioteca Formentor

Ross Raisin

Un talento natural

Traducción del inglés por
Íñigo F. Lomana

Título original: *A Natural*

© Ross Raisin, 2017

© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-322-3385-2

Depósito legal: B. 12.016-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Cuando entró en la rotonda, unos cuantos conductores redujeron la velocidad para echar un vistazo al costado del autobús. En una de las ventanillas de la parte trasera había tres pares de nalgas pegadas contra el cristal, como una hilera de pechugas de pollo en un supermercado. Un coche los adelantó y el conductor tocó el claxon. El siguiente hizo lo mismo. Cuando el autobús salió de la rotonda, uno de los pares de nalgas desapareció momentáneamente y al cabo de unos instantes volvió a ocupar su lugar entre los demás con energías renovadas.

Tom estaba sentado solo al lado de su mochila, mirando las expresiones grotescas que ponían aquellos tres individuos mientras hacían un calvo. Al de en medio se le habían caído los pantalones hasta los tobillos, y el bandazo que dio el autobús para adelantar a una caravana en aquella autopista de dos carriles hizo que la polla se le bamboleara de forma ridícula. Tom se volvió, feliz de que aquel corto viaje estuviera próximo a su fin. Iban camino de un hotel en las afueras, una política de pretemporada que el presidente había impuesto tras los incidentes que se habían producido durante un fin de

semana del verano anterior. Tom no estaba en el club por aquel entonces, aunque había oído hablar del asunto. Había llegado hacía menos de dos meses, poco después de que lo echaran del equipo en el que había jugado desde niño en una reunión breve y lacrimógena con el nuevo entrenador. Aún le dolía recordar aquella tarde. Todos los becarios¹ haciendo fila en el pasillo, entre las cajas y las pizarras del técnico recién incorporado. El despacho, con ese pestazo a tabaco rancio que había dejado el místico anterior. Y el nuevo, detrás del escritorio, pidiéndole que se sentara.

—Por lo que he podido oír, eres un buen chaval. Tus padres deberían estar orgullosos de ti. Cuando madures un poco, vas a ser de los buenos. Estoy seguro de que encontrarás otro equipo.

Tom se enteró después de que les había dicho justo lo mismo a todos los demás; a todos menos a los dos a quienes había ofrecido un contrato profesional en el primer equipo. Trece chavales que habían ido pasando con Tom por los diferentes niveles de las categorías inferiores, todos los cuales vivían ahora esperando a que transcurriera el tiempo para madurar, aguardando la llamada de otro equipo mientras hojeaban las ofertas de empleo y aceptaban cualquier puesto disponible en las empresas de trabajo temporal, en los centros comerciales o en los multicines. A diferencia de la mayoría de ellos, sin em-

1. En el fútbol inglés, a los chavales que han ido avanzando por las categorías inferiores de un club y demuestran tener cierto talento suele ofrecérseles a los dieciséis años una beca para continuar en el equipo dos temporadas más. Transcurrido ese periodo, el club vuelve a hacer una criba entre los becarios. A los que resultan seleccionados en este nuevo proceso, se les ofrece un contrato profesional. (*N. del t.*)

bargo, con Tom sí se pusieron en contacto. Un equipo modesto del sur. Su agente lo llamó una mañana para decirle que el presidente le había reservado una habitación de hotel a fin de que viajase hasta allí y hablase con ellos de un posible contrato por un año.

—¿Quién? —le preguntó su hermana cuando se lo contó a la familia—. ¿En qué división juegan, en la regional?

—Acaban de subir a la Conferencia Nacional.² Mi agente dice que tienen pasta —contestó, y miró hacia otro lado para no ver cómo reaccionaba, pero al hacerlo se dio cuenta de que su padre estaba ya frente al ordenador, observando con interés la pantalla y asintiendo con la cabeza.

Entre risas, los tres que habían estado enseñando el culo lo pusieron de nuevo en los asientos. El de en medio echó un vistazo para ver si alguien seguía mirándolos y se encontró con los ojos de Tom, que le dedicó una sonrisilla tonta y se volvió hacia la ventana. Los coches los iban dejando atrás en el carril contiguo. La bufanda blanquiazul del equipo al que se habían enfrentado esa tarde ondeaba en alguno de ellos y golpeaba las ventanillas traseras. Dos chavales le sacaron la lengua desde el interior de una autocaravana.

El comienzo del partido resultó prometedor. Era el primer amistoso de pretemporada en el que Tom salía

2. La estructura organizativa del fútbol británico se divide en dos grandes bloques. Por un lado, están las cuatro primeras divisiones de fútbol profesional, englobadas dentro de la English Football League, y por otro, las divisiones no profesionales de lo que se conoce como *non-league football*. La Conferencia Nacional es la primera división de este segundo bloque. En términos organizativos, se encuentra al mismo nivel que la primera división regional española, aunque en su caso tiene carácter nacional. De hecho, en la temporada 2015-2016 pasó a llamarse *Liga Nacional*. (N. del t.)

de inicio y la tensión paralizante del vestuario desapareció en cuanto se puso a jugar. Durante una transición desorganizada en los primeros minutos, el balón le llegó a la posición de extremo y sin pensárselo dos veces se echó a correr hacia el lateral, que, a trompicones y casi cayéndose, consiguió desviar el balón por encima de sus cuerpos casi vencidos para que saliera por la línea de córner. Espoleado por la adrenalina, Tom fue hasta el banderín y pidió el balón al recogepeletas. Por primera vez desde que se había ido de casa se sentía liberado, completamente concentrado en el partido. Chutó el córner con clase y alguien consiguió elevarse sobre el amasijo de cuerpos que forcejeaban en el punto de penalti para cabecearlo contra el travesaño. En aquel instante, Tom percibió que algo se desataba en su interior —una especie de excitación, de deseo—, algo que al volverse para regresar a su posición le provocó un ligero mareo.

Después de aquello, sin embargo, la mayor parte del juego se desarrolló en la otra mitad del campo. Una pifia de los centrales, Boyn y Daish —que ahora estaban sentados delante de él viendo un partido en el portátil—, acabó en gol para los locales. La confianza del equipo se derrumbó. Perdieron por 3 a 1. Más tarde, en la cargada atmósfera del vestuario, Clarke —el entrenador— les dijo que no eran más que una panda de putos maricones. Y cuando uno de los jugadores jóvenes soltó una risita, se acercó a él y le dio una patada en la pierna.

El autobús salió de la autopista y se unió al tráfico denso que bajaba por una avenida comercial amplia. Junto a uno de los semáforos, un grupo de hinchas locales fumaba a las puertas de un pub. Uno de ellos reparó en el autobús y se quedó mirándolo con la boca abierta

durante unos segundos, hasta que de pronto todos parecieron darse cuenta de lo que tenían delante y se pusieron a hacer gestos con las manos como locos. Algunos de los jugadores que iban sentados delante de Tom se volvieron para mirarlos, pero él fingió que no los veía. En su antiguo equipo, incluso el autobús de los reservas tenía los cristales tintados. Pero ahora que ya no estaba en uno de los grandes, la hinchada se había convertido en una presencia real. Se le acercaban por la calle, en el supermercado. Solían congregarse en pequeños grupos en las gradas del diminuto e incómodo estadio del Town, y Tom era capaz incluso de identificar ya algunas voces y algunas caras. El semáforo se puso en verde. Cuando el autobús reemprendió la marcha hacia el hotel, echó un último vistazo al grupo de aficionados, que estaban levantando los puños en plena orgía de insultos.

Compartía habitación con Chris Easter, el capitán; una circunstancia que, por la manera en que lanzó su mochila contra la cama que daba al ventanal, encendió el televisor y se puso a forcejear con la ventana hasta que terminó aceptando que no podía abrirse, no parecía hacerlo muy feliz. Se quedó un rato junto a ella, mirando el tejado plano del centro comercial vecino y negando con la cabeza de vez en cuando.

Easter, Michael Yates y Frank Foley, el portero, tenían prohibido compartir habitación —en cualquier combinación posible— y a los tres se los había emparejado con alguno de los miembros más jóvenes del equipo o con algún recién llegado. A pesar de eso, a Clarke no parecía importarle demasiado que salieran juntos por la noche después de los amistosos. Aquella tarde, sin ir más lejos, se subieron al primer coche del convoy que vino a buscarlos y en cuanto entraron en un local formaron un

escandaloso corrillo con otros jugadores veteranos, mientras que el resto del equipo se acomodaba en un pegajoso reservado de color rojo al lado de los baños.

Cuando Tom llegó al reservado ya no quedaba sitio, así que tuvo que quedarse detrás del asiento circular al lado de los demás novatos —la mayoría de los cuales procedían del equipo infantil y se conocían desde hacía tiempo—, sonriendo y tratando de escuchar lo que decían entre el estruendo de la música. Sentado justo delante de él, Marc Fleming, el lateral derecho, estaba contando una anécdota. Tom no podía oír ni una sola palabra. Pero seguía mirando la coronilla de Fleming, tratando de aparentar que se lo estaba pasando pipa por si alguien se fijaba en él. Podía ver cómo brillaba su grasiento cuero cabelludo por debajo del pelo. No importaba lo que estuviese contando, había logrado captar la atención de los jugadores que estaban sentados a su lado. Al final de la anécdota, Fleming se inclinó hacia delante y dio un golpe en la mesa con la mano. Una oleada de risotadas recorrió el reservado, y Fleming se reclinó, sin darse cuenta, claro está, de que tenía a Tom detrás, ya que su cabeza chocó contra el estómago de éste. Se volvió para mirar.

—Hostia, Tommy, eso es lo más cerca que nuestras pelotas han estado en todo el día.

Tommy se sintió tan agradecido que pensó en ponerle una mano sobre el hombro y contestar algo ingenioso. Pero en ese preciso instante empezó a hablar otro de los compañeros, y decidió marcharse al baño. Al volver, se acercó a la barra para evitar que le pagasen otra bebida. Hasta que le sirvieron no se dio cuenta de que se encontraba incrustado entre la barra y la espalda de Frank Foley. Éste estaba hablando con una chica bastan-

te alta que llevaba los hombros al descubierto y, cada vez que se inclinaba para decirle algo, golpeaba con su inmenso culo la cadera de Tom.

—¿Cómo? —dijo la chica, frunciendo el ceño.

Le dio un nuevo empujón con el culo. La chica echó un vistazo fugaz a la sala y se volvió hacia Foley.

—Lo siento, chico. No he oído hablar de ti en mi vida. —Y, tras decir eso, alargó una mano para coger tres vasos pequeños llenos de un líquido oscuro y se deslizó para salir del revoltijo de cuerpos que se había formado frente a la barra.

Foley se quedó quieto, con un brazo sobre el mostrador y la mirada fija en su pinta de cerveza. Y allí seguía cuando Tom se fue: como paralizado y con una expresión muy parecida a la que habían visto dos mil quinientas personas aquel mismo día en tres ocasiones.

Cuando regresaron al hotel, Tom se mantuvo al margen del grupo de jugadores que se puso a cantar, a discutir y a beber de la botella de ron que alguien había cogido del bar tras forzar la cerradura. Se quedó remoloneando por allí alrededor de una media hora antes de irse a la cama y caer profundamente dormido, envuelto en la neblina de un sueño, con la sensación extraña de que algo no marchaba bien, de que había hecho alguna cosa horrible y lo iban a pillar. Su cara y su piel rozaban unas sábanas que olían de forma peculiar, que no eran las suyas. De pronto se dio cuenta de que era la cama de otra persona, de que estaban a punto de entrar en la habitación y de que lo iban a descubrir.

Se despertó con las dos piernas agarrotadas y la cara empapada. Las luces de seguridad del centro comercial que entraban por la ventana le permitieron ver la mochila que descansaba sobre la cama vacía. Se quedó obser-

vándola unos instantes con los párpados pesados y la piel pegajosa por el sudor.

Poco a poco empezó a distinguir con claridad un sollozo leve en el pasillo. Cerró los ojos y trató de ignorarlo. Pero como no paraba, se vio obligado a salir de la cama, ponerse el pantalón de chándal y abrir la puerta.

En cuanto salió de la habitación pudo identificar el lugar del que procedía el ruido. Al final del pasillo, hecha un ovillo contra la pared, al lado de un extintor, se encontraba una chica acuclillada con la cabeza apoyada en una de sus rodillas. Se acercó a ella. Olía fuerte a vómito, y tanto las espinillas como las pantorrillas de la chica estaban surcadas por las marcas oscuras que éste le había dejado al resbalar por sus largas piernas. Ella siguió gimiendo con suavidad y no lo miró cuando se le arrojó delante. Ni siquiera reaccionó cuando la rodeó a la altura de las axilas con un brazo y le pasó el otro por debajo de las corvas viscosas, primero una y después la otra, para levantarla. A la resplandeciente luz del pasillo, con el maquillaje corrido y un pequeño sarpullido de color rosa en la sien, le pareció más joven incluso que su hermana.

—Tranquila —le susurró—, no pasa nada.

Se la llevó a la habitación, tiró al suelo de una patada la mochila de Easter, la tendió sobre la cama y la tapó con delicadeza con la colcha. Todavía estaba dormida cuando, con los primeros rayos del sol filtrándose ya por la ventana, llegó su compañero de habitación. Se inclinó sobre la cama de Tom y empezó a pellizcarle en broma las mejillas hasta que lo despertó del todo. Cuando Easter salió del cuarto —mirando primero a Tom y luego a la chica y sonriendo con aire socarrón—, el corazón de Tom se llenó de orgullo. Tanto esta sensación como otra

más incómoda e incierta a la que dio paso lo acompañaron mientras se levantaba de la cama, se duchaba y despertaba a la chica, que se metió a su vez en el baño para lavarse la cara y las piernas antes de salir al pasillo.

No la vio por ninguna parte cuando se reunió con el equipo en la planta de abajo. No preguntó por ella ni le contó a ninguno de sus compañeros lo que había pasado. Se quedó un poco al margen mientras salían del hotel en fila, entre el suave tintineo de la música del vestíbulo y las caras de fastidio y cansancio del personal de recepción. Cuando pasó por la puerta giratoria, reparó en la savia que salía de una planta de yuca partida que había junto a la entrada, en el mismo lugar donde Boyn y Daish habían estado forcejeando de cachondeo la noche anterior cuando se fue a la cama.

Después de un largo y soporífero viaje en autobús, algunos de los jugadores nuevos se bajaron en otro hotel de la misma cadena. En el de Tom, el personal se había acostumbrado ya a sus rutinas. Le habían cogido cierto cariño por su comportamiento sosegado y solitario y por la manera un tanto intrigante en que se aislaba de los otros miembros del equipo. Llevaban casi dos meses asistiendo a sus rituales diarios: entraba en el comedor a las 9.05 h para desayunar unos huevos revueltos —de cuya bandeja siempre retiraba exactamente la misma porción cuadrada— que acompañaba con una tostada, a veces unas judías, un zumo de naranja y un té; solía sentarse en la misma mesa del rincón, un poco separado del resto del salón por un árbol de plástico y un cocinero de cartón a tamaño natural —que sostenía en una mano un plato bastante distinto de los que se acostumbraban a servir en los bufés de los hoteles—, y terminaba rápidamente su comida antes de marcharse al entrenamiento.

Volvía a primera hora de la tarde y solía quedarse en la habitación hasta la mañana siguiente; salvo que bajara a recepción para recoger algún pedido, no volvían a verle el pelo.

Según le había explicado el presidente a Tom, a su agente y a sus padres cuando bajaron a que les enseñaran las instalaciones del club, lo del hotel era sólo una solución temporal hasta que le encontraran un alojamiento adecuado. Se habían sentado alrededor de una gran mesa con café y pastas en una habitación con las paredes de madera, y el presidente se había vuelto con una sonrisa bobalicona hacia su madre para contarle que cuando el Town fichaba a alguien tan joven como Tom —que acababa de cumplir diecinueve—, intentaba portarse con él lo mejor posible. A menos que lo considerasen lo suficientemente maduro para vivir solo, les dijo, el club le buscaría una buena familia para que se quedara con ella un tiempo.

Tom y su agente no habían vuelto a hablar desde entonces ni con el presidente ni con ningún otro representante del club sobre la cuestión del alojamiento. Pero, como le explicaba a su padre cada pocos días por teléfono, ahora que la temporada estaba a punto de empezar no era el mejor momento para ponerse a hacer preguntas. Y, con el tiempo, vivir en un hotel se había convertido en algo normal para él. Siempre estaba pendiente de lo que hacían los otros jugadores, había aprendido a no coincidir con ellos en las zonas comunes ni en el comedor. Con él incluido, en aquel momento eran cuatro los que se alojaban allí. Habían sido muchos más en diferentes periodos, pero todos habían acabado yéndose a su propio apartamento o a otro club, o estaban de vuelta en el mercado. Los otros tres compartían coche para ir a

los entrenamientos y Tom los había visto juntos en el restaurante y a veces los observaba mientras hablaban y reían, y se preguntaba si se conocerían de otros equipos.

Casi al principio de su estancia, Tom coincidió en el hotel con un jugador que había ido a hacer una prueba al Town y se alojaba allí con su mujer y sus dos hijas pequeñas. En un par de ocasiones lo invitaron a sentarse con ellos en el desayuno cuando lo veían solo. Después de los reparos iniciales, Tom había empezado a disfrutar de su compañía, de su conversación agradable y de la distracción ruidosa que proporcionaban las niñas, y además había compartido coche con el jugador unas cuantas veces. Sin embargo, al cabo de un par de semanas lo dejaron ir y él no se enteró hasta que al día siguiente se lo dijo uno de los recepcionistas.

En el último amistoso antes de que empezara la temporada, Tom salió como suplente. Se quedó en el banquillo, con los músculos agarrotados por los nervios, atento al más mínimo gesto de Clarke en la banda por si en algún momento se volvía y le mandaba cambiarse. Se vio saliendo al campo, se imaginó cómo lo animarían sus compañeros y los espectadores a coger el balón y cómo cambiaría eso el ritmo del encuentro. El leve pero persistente murmullo de anticipación en las gradas cuando lo tuviera entre los pies —aunque en realidad el campo tenía sólo media entrada y estaba parcialmente descubierto—, los cánticos dispersos y los gritos que subirían desde la tribuna del río y se desvanecerían en el resplandeciente cielo estival.

Se enfrentaban al Coventry, un equipo de categoría superior, y las diferencias saltaron a la vista de inmediato. A lo largo de los primeros veinte minutos, Clarke no se volvió para llamarlo. Y cuando al final lo hizo, con el

equipo perdiendo por dos goles, parecía triste y mucho más viejo de lo enfadado que estaba.

Tom entró en la segunda parte. Estuvieron un buen rato sin pasarle el balón, pero tenía tantas ganas de participar en el juego que dejó su posición de extremo para internarse por el centro. El Coventry volvió a marcar antes incluso de que tocara la pelota y, fruto de su creciente desesperación, se fue corriendo hacia el capitán del equipo rival para disputarle temerariamente un balón. Por el terrible dolor que sintió en el empeine, se dio cuenta al instante de que tendrían que sustituirlo. Se quedó tendido sobre la hierba, como clavado a ella, y, mientras pensaba en el entrenador, en sus compañeros de equipo y en su padre, sintió una terrible presión en su pecho.

En la enfermería, después del partido —mientras la voz de Clarke resonaba con estruendo en el pasillo—, el pie empezó a hinchársele. El masajista se lo limpió con una esponja, lo vendó y le dijo que descansara y se pusiera hielo.

La recepcionista del hotel no lo entendió bien. Desapareció y al rato le trajo una cubitera tapada con una servilleta blanca dentro de la cual se agitaban un montón de hielos.

—Es para el pie.

—Ah, vale. Lo siento —dijo, riéndose—. ¿Necesitas más?

—No hace falta, gracias. —Y después añadió—: Si alguna vez ganamos, pediré una botella de champán.

La recepcionista volvió a reírse.

—Perfecto. Te lo recordaré.

Se fue cojeando con la cubitera y sonriendo con una sensación de euforia inesperada.

—Esa sí que es una polla de primera, colega.

Foley estaba examinando sin pudor al becario que tenía al lado en las duchas. El chaval, que se había entrenado esa mañana con el primer equipo, se volvió ligeramente y siguió duchándose como si no lo hubiera oído. El otro, sin embargo, se quedó quieto mirándolo mientras el agua se le acumulaba en la cima de la cabeza.

—¡Eh, Yatesy! —gritó para que lo oyera todo el vestuario—, ¿te acuerdas de la polla de Davo?!

Yates dejó de atarse los cordones y levantó la vista desde el banco.

—Claro.

—Menuda polla.

Los novatos que había en el vestuario esperaron con cautela el momento oportuno para reírse, pero Foley y Yates siguieron duchándose y cambiándose como si no ocurriera nada, de manera que cuando el muchacho salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y se fue corriendo a su sitio en el banco, todos se volvieron al instante. Tom continuó con los ojos clavados en el suelo por miedo a que alguien lo pillara mirando y lo señalara.

Aunque le prohibieron correr y tocar el balón durante una semana entera, estaba obligado a ir a diario a los entrenamientos. Igual que los otros jugadores lesionados, tenía que llegar una hora antes y marcharse después de que lo hiciera el resto del equipo. Había dos más: Fleming y Boyn, ambos con golpes y contusiones leves. A los tres los habían dejado fuera —de forma deliberada en su opinión— de las sesiones preparatorias para el primer partido de la temporada. Cuando no estaban en la enfermería —escuchando las anécdotas sobre entrenamientos militares que contaba el masajista—, iban camino del gimnasio del estadio para entregarse a sesiones largas en

la cinta de correr o en la sala de musculación mientras de fondo se oían sin descanso las noticias de Sky Sports y música a todo trapo. Cuando no hacían ninguna de esas dos cosas, se quedaban sentados en el banco que había delante de las oficinas mirando al campo, donde el equipo completaba sus rutinas y se ponía en forma.

—Está de coña —dijo Boyn mientras los gritos y las palmas de Clarke sobrevolaban el terreno de juego y llegaban hasta ellos—. Debe de creer que los vamos a contagiar o algo.

—No, Boyney —replicó Fleming sin apartar la mirada de los jugadores—. Es una advertencia. Para todos. Para que no volvamos a lesionarnos.

Clarke fue a verlos a la enfermería un par de días antes del encuentro para decirles que ninguno de los tres viajaría a Cheltenham. Tenían que quedarse en casa. Tenían que centrarse en la recuperación.

La mañana del partido, Tom fue en coche a la lavandería. Había servicio de lavandería en el hotel, lo sabía gracias al folleto informativo que le habían dado al llegar, pero no le gustaba mucho la idea de que un desconocido manoseara su ropa y sus calzoncillos, y por eso cada semana iba a un establecimiento discreto que había descubierto a las afueras de la ciudad. Nada más entrar se dio cuenta de que estaba vacío. Con calma, sacó un poco de detergente del dispensador, metió la ropa en la lavadora y se dirigió al bar de al lado. Pidió un desayuno para llevar y se fue al coche a comérselo.

Encendió la radio para escuchar la previa del partido. Dio un sorbo al té y quitó el envoltorio caliente y pringoso a su bocadillo de beicon y huevo. A medida que la retransmisión iba pasando de un comentarista a otro, de un campo a otro, le fue subiendo por las tripas esa emo-

ción propia de los sábados de fútbol que, sin embargo, se vino abajo en cuanto vio su pie lesionado. Cuarenta minutos después, volvió a la lavandería, metió el montón de ropa empapada en la secadora —lo cual le permitió darse cuenta de que uno de los calcetines de su hermana se había quedado enrollado en la manga de un jersey que apenas usaba— y regresó al coche.

Cuando el ciclo de secado acabó y volvió a entrar en la lavandería, ya había llegado otro cliente, un hombre con ropa de gimnasio que estaba sentado en uno de los bancos. Al pasar a su lado levantó la vista, pero Tom no lo saludó y se fue directo hacia la secadora. Algunas de las prendas no parecían estar del todo secas. Pero aun así las sacó y, mientras lo iba metiendo todo hecho un ovillo en su bolsa de Ikea, pudo ver en el cristal de la secadora que el hombre no le quitaba el ojo de encima. Sus terminaciones nerviosas empezaron a latir al ritmo que marcaba el golpeteo de sus dedos en el tambor, y una lavadora traqueteaba a sus espaldas. Cuando consiguió meter toda la ropa en la bolsa, echó a andar por el pasillo estrecho, convencido de que en cualquier momento el tipo se pondría a hablar con él o se levantaría para llamarlo.

Cuando Tom salió al frío de la calle, su pecho y sus pulmones pudieron relajarse por fin y, mientras avanzaba hacia el coche, dejaron escapar en espiraciones profundas y regulares el aire sofocante de la lavandería.

Sentado junto a la bolsa humeante, resultaba bastante evidente que la ropa estaba algo más que húmeda. Decidió que en cuanto volviera a su habitación la colocaría encima de los radiadores, pero después de inspeccionar el cuarto brevemente se dio cuenta de que no había ninguno, tan sólo un conducto de ventilación en lo alto

de la pared. Se le pasó por la cabeza llamar a su madre, pero lo descartó de inmediato. Pensaría que estaba superado por las circunstancias y la dejaría preocupada. Además, seguro que estaba atareada en la clínica pediátrica. Quitó el cordón a una zapatilla y lo anudó al asa de la bolsa de Ikea. A continuación, colocó una silla junto a la pared, justo debajo del conducto de ventilación, y se subió a ella para atar el cordón a la rejilla de manera que la bolsa quedara colgando. Tiró de ella un poco para comprobar que aguantaba y, después de acercarse al panel de control para encender la calefacción, se tumbó en la cama con la espalda apoyada en el cabece-ro. Cuando su padre lo llamó a la hora acostumbrada —diez minutos antes de que empezara *Football Focus*— se había quedado dormido entre los vapores tibios que despedía la ropa.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, supongo que estoy bien.

Su padre soltó una carcajada.

—No tiene sentido que te agobies. Eres futbolista. Te lesionarás de vez en cuando. Lo que importa es cómo te recuperes.

—No entro en sus planes

—No entras en sus planes hoy.

—Puede ser.

Se oía el zumbido de una aspiradora en el pasillo.

—Sí, puede ser —repitió Tom.

—Y hablando de planes. Me gustaría bajar a verte.

—De verdad que no me pasa nada, papá —dijo Tom tan despreocupadamente como pudo, aunque un poco molesto consigo mismo por sonar como un niño huracán—. Me las apañó bien. Tienes razón. Una semana más de rehabilitación y estaré otra vez entrenando.

—He hablado con los de la oficina de clasificación y me han dicho que puedo cogermela tarde del viernes para ir a verte.

—¿Este viernes?

—Tienes cosas que hacer, ¿verdad? —preguntó su padre intrigado.

—No, no, qué va —le respondió rápidamente—. Me parece genial, papá.

Echó un vistazo a la bolsa que había atado a la rejilla de ventilación y estuvo casi seguro de que su padre sabía lo que había hecho. De que podía verlo todo. El ingenio absurdo que colgaba de la pared con toda su ropa mohosa dentro. A Tom sesteando en la cama. Al hombre de la lavandería. Tom vio por un momento la imagen del chaval que le debía de venir a su padre a la cabeza cuando pensaba en él, pero trató de olvidarla rápidamente y se incorporó en la cama.

—Pues entonces iré directo para allá el viernes desde el trabajo. Tal vez debería reservar una habitación en tu hotel para simplificar las cosas. Al día siguiente iré a ver vuestro primer partido en casa. Podríamos verlo juntos, si sigues mal del pie. ¿O tienes que quedarte con el equipo?

—Qué va. Al entrenador no le gusta que los jugadores lesionados estén con los demás.

—Pues entonces, arreglado.

Tras despedirse, Tom reparó en que quizá debería haberse ofrecido a reservar la habitación y se preguntó si su padre habría esperado que lo hiciera.

Puso la tele para ver *Football Focus* y se lo imaginó en casa, haciendo lo mismo que él. En el sofá, con una bandeja encima de las piernas. La taza de té. El plato de

fritos. Su hermana esperando en el piso de arriba hasta que llegara John, el compañero de su padre en la oficina de clasificación, a recogerlo. El viaje en coche hasta la casa de Kenny, la escueta conversación con Jeanette en la cocina y el trayecto a la ciudad para que aquellos tres hombres pudieran ocupar su lugar en la barra del pub antes de que empezara el partido. Lo normal, lo que llevaba ocurriendo toda la vida.

Llamaron a la puerta. Era la limpiadora, que quería hacer la habitación.

—¡No es necesario, gracias! —le gritó.

Se acercó a la pared y bajó la ropa. No estaba más seca que antes. De hecho, por alguna razón inexplicable, parecía más húmeda. La arrojó al armario para ordenarla más tarde y llevó la bolsa de Ikea a la mesa para recoger todos los envases de comida que había ido acumulando.

Bajó al aparcamiento. Tiró la basura en los contenedores que había detrás de las cocinas, una costumbre que había adquirido para evitar que se amontonasen los cartones y los envases junto a la papelera de la habitación. Le parecía mal que las limpiadoras tuvieran que encontrárselos y encargarse de ellos, igual de mal que colgar sus pósteres, colocar los altavoces o dejar a la vista las pesas y la colección de cactus. Lo tenía todo guardado debajo de la cama, y cada tarde, cuando regresaba, volvía a colocar las plantas en el alféizar y una selección diferente de pósteres en la pared hasta que, a la mañana siguiente, llegaba otra vez la hora de recogerlos.

Siguió los resultados de los partidos en el portátil mientras veía la televisión. A pocos minutos del final, el Town perdía por 2 a 1, y Tom se dio cuenta de que quería que perdieran. Para que su ausencia se notase, para que

todo el mundo la comentara. Cuando el pitido final confirmó la derrota, actualizó la página para asegurarse de que era cierto.

Llegó a primera hora de la tarde. Salieron a tomar algo y después fueron a cenar a una pizzería. Antes de empezar a comer, su padre le dijo que lo estaba llevando bastante bien. Que, a pesar de lo joven que era, había conseguido adaptarse. Que estaba orgulloso de él. Tom no sabía qué contestar. Echó un vistazo al otro lado de la mesa y, por la determinación con la que lo vio hablando, supo que traía el discurso preparado. No quería que sus miradas se cruzasen, así que bajó la vista y se concentró en los trabajados nudillos de su padre mientras trataba de calcular cuánto le costaría el nuevo día libre que se había pedido.

Desde lo alto de la tribuna principal, con aquel potente sol de agosto dándoles en la cara, podían verse a grandes rasgos la disposición táctica y los movimientos de cada equipo. Después de media hora, a Tom empezó a darle vergüenza seguir mirando. Recorrió con la vista la tribuna de enfrente y después dejó que vagara por la negra y resplandeciente superficie del río y la llanura repleta de casas y campos que se extendía en dirección a las montañas, tras las cuales se encontraba —aunque él no había podido verlo aún— el mar. Su padre, sin embargo, observó el encuentro con mucha atención. Siempre veía el fútbol así: inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, como si estuviera estudiando el juego. Apenas pronunció palabra durante el partido, y Tom no encontró fuerzas para volverse y ver en su rostro la decepción que le causaría cada movimiento desordenado, cada pase que no alcanzara su objetivo, cada despeje que

se perdiera por encima de la tribuna del río acompañado por los vítores sarcásticos de la hinchada visitante; para no tener que ver, sobre todo, lo decepcionado que se sentiría al darse cuenta, después de tantos años de sacrificios y gastos, de que aquello era todo a lo que Tom había podido llegar.

Tras la derrota, regresaron al hotel. Antes de que su padre emprendiera el viaje de vuelta, fueron a la cafetería para charlar un poco del partido. Clarke no parecía haberlo impresionado.

—El típico juego aéreo de patadón pensado para tíos que son como armarios roperos —dijo—. No le va nada bien a tu estilo.

—Es la cuarta división, papá.

—Da igual. El fútbol es fútbol. Y un jugador con talento tiene que brillar, incluso en un equipo como éste.

—No si está en la grada.

—Venga ya, Tom. No seas llorica. —Lo contempló un instante—. La autocompasión no te servirá para nada. Vale, es verdad que juegas en un equipo de las divisiones más bajas. Y que estás lesionado. Pero tienes que aprovechar esta experiencia para aprender, para darte cuenta de dónde estás y concentrarte en volver a lo más alto. Muchos han recorrido este camino antes que tú. Sólo tienes que esforzarte un poquito más. —Se quedó mirando por encima de Tom en dirección a la barra—. ¿Te apetece que nos tomemos un chocolate caliente antes de que me vaya?

—Claro —dijo Tom, sonriendo, secretamente complacido por lo infantil de la sugerencia—. Gracias.

Su padre se levantó para ir a la barra, y Tom echó un vistazo a los resultados de la Premier en televisión: su antiguo equipo había perdido 2 a 0.

—Tienes que ser paciente —le dijo su padre cuando volvió con los chocolates—. Sólo lleváis dos partidos. Te quedan nueve meses de temporada. Tiempo de sobra para destacar otra vez, ahora que empiezas a recuperarte del pie. Esfuérzate al máximo. Y espera a que llegue tu oportunidad.